OTRA VEZ

DON J. MARTÍN BARRUNDIA

POR

JOAQUIN MENDEZ

GUATEMALA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «LA UNION»

6—Octava Calle Poniente—6

OTRA VEZ DON J. MARTÍN BARRUNDIA.

Después de su famoso folleto impreso en México, don J. Martín Barrundia ha dado á luz una hoja suelta en Oaxaca, con fecha del mes próximo pasado.

Ya se sabe que en el primero hacía presente que existe aún, tratando de vindicarse de los crímenes que aquí cometió como Ministro de la Guerra; después de algunos años de hallarse fuera del país, lejos de la justicia nacional y hasta relegado al olvido por benevolencia de sus compatriotas.

Su hoja última no trae sino desahogos de la vanidad herida en lo más vivo, y da á conocer que le exaspera su impotencia política absoluta, por más que quiere presentarse como repúblico severo y demócrata incorruptible el que aquí no respetó honra, vida ni propiedad, edad ni sexo, y el mismo á quien se le hace responsable de casi todos los excesos censurados á la administración del General Barrios, sin que tenga derecho á la más pequeña parte de los trascendentales progresos conquistados por el gran Reformador de Guatemala.

Comienza don Martín Barrundia asegurando que en esta República no hay dignidad ni patriotismo, que todo está corrompido y que se manda fácilmente

con el látigo en la mano. Esta sola afirmación bastaría para pintarle si no fuera demasiado conocido, por desgracia, el que la ha hecho: pero es curioso que tal diga quien jamás mostró amor á la patria, y en punto á virtudes cívicas y privadas no sólo no las ha dejado ver en sus acciones propias, sino que, por el contrario, las ha perseguido en los demás sin tregua ni pacto posible. En cuanto á lo del látigo, felizmente no hay por acá ninguna persona que quiera seguir las máximas políticas de don Martín, y si ese instrumento infame se halla sin servicio desde que su partidario se fue con gran aplauso de la nación entera, justamente alborozada por el viaje del que hoy aparece como austero moralista y censor de los defectos que cree que existen en la constitución social de su país.

Don Martín el Inmaculado insiste en su arrepentimiento por no haberse hecho Presidente en 1885; pero no es ciertamente eso lo que más debiera dolerle: pues si lo hubiera intentado seriamente, quizás á estas horas no estaría insultando á su patria y amenazándola insensatamente con dificultades internacionales; todos estamos de acuerdo en que habría alcanzado su merecido ese sujeto sin energía de caudillo, sin cualidades de mando, y no tan valiente ante una situación dada como contra sus víctimas indefensas. De lo que debe arrepentirse no es de no haber hollado la ley una vez más, sino de su conducta incalificable en el gabinete, de la cual no se recuerda un solo hecho en favor de colectividad ó de persona determinada, mientras sus conciudadanos le desprecian unánimes por su crueldad y cobardía, y no hay un hombre honrado que pudiera pensar en él sin odio ni vergüenza.

Don Martín el Arrepentido falta de nuevo á la ver-

dad al decir que á él le debe la presidencia el Señor General Barillas, cuando todos sabemos que es incapaz de hacer un presidente, puesto que no ha podido hacerse él mismo, á pesar de sus deseos. El General Barillas vino á Guatemala, según es público y notorio, llamado urgentemente, y no por don Martín el Facedor, sino por lo más selecto de la capital, por la opinion pública toda, que veía una amenaza para los intereses del país en la ambición y demás antecedentes del entonces Ministro de la Guerra. La presencia del General Barillas, designado por la ley y que tan excelentes pruebas había dado de honradez y patriotismo como Jefe Político y Militar de Quezaltenango, calmó la ansiedad de la población y destruyó los planes de don Martín el Valeroso, que en aquel momento dió una prueba, no por cierto, como él dice, de respeto á la Constitución, que jamás la ha respetado, sino de que es un sér sin energía ante el peligro, una nulidad completa como hombre, y como militar el más inepto del todo y por todo.

Careciendo de eco en esta República, don Martín el Legal quisiera aprovechar un rompimiento con nuestra hermana y amiga la República Mexicana. Sueña el infatuado mal patriota con ventajas personales que están muy lejos de tocarle, ni á él ni á otro mejorcito. La buena armonía entre Guatemala y México no puede alterarse porque don Martín el Desprendido lo desee, puesto que allá como aquí se piensa en la paz como elemento necesario del progreso, y ninguna de las dos naciones está en disposición de retar á la otra por darle gusto á un pájaro de cuenta, por más que éste afirme calumniosamente que el General Barillas falsea las relaciones con México, aseveración que se queda en el vacío que reina en torno de su autor, obteniendo así un nuevo y merecido fra-

caso el hijo expúreo de Guatemala, que de manera tan torpe quisiera hasta la ruina de su patria con tal de alcanzar lo que no puede ni podrá proporcionarse por las vías del derecho.

No es porque este Gobierno le tema á don Martín el Arriesgado, la razón por qué las autoridades mexicanas le han prohibido acercarse á la frontera de Guatemala, como fanfarronamente lo asegura en su hoja. Nuestro Gobierno vela por la tranquilidad pública, y el de México al proceder de la manera que tanto parece haber desagradado á don Martín el Belicoso, no ha hecho más que cumplir con un deber de toda administración respecto de individuos sospechosos que traten de alterar el orden en un país amigo. No se sulfure, pues, don Martín por una medida corriente en el derecho internacional, ni achaque á importancia suya, que no tiene, lo que no es más que un acto de policía preventiva, cuya ejecución no implica humillaciones de la parte favorecida, como él lo afirma en su ignorancia de los usos entre naciones.

Ni crea que nos asusta con decirnos que tiene armas; no hemos dudado ni un momento que puede llevar consigo todos las que usaba el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha; pero aunque viniera con la tizona del Cid Campeador, no lograría el poder supremo que tanto le desvela. Ni un solo guatemalteco le seguiría si se atreviese á jugar el todo por el todo. Sus antecedentes son su propio desprestigio; y cuando aquí se tiene noticia de sus bravatas marciales. todos se echan á reir del militar de la *espada virgen*, y sólo dejan de reirse cuando recuerdan al cruel, al bárbaro que tanto hizo sufrir á los desgraciados que cayeron en sus manos, en ocasión en que abusaba de la protección inmerecida con que en un tiempo lo honró el General Barrios.

Falta igualmente á la verdad al afirmar que hay inconsecuencia en la política de Guatemala con los otros Estados centro americanos; porque nunca ha sido más fraternal que ahora, cuando el partido liberal, y con él todos los buenos ciudadanos, esperan la próxima resurrección de la antigua patria. No cabe inconsecuencia en relaciones de familia cultivadas cariñosamente y con el noble y único fin de reunir en un cuerpo político los miembros disgregados de la Federación de Centro-América. En cambio, cuando va á realizarse el bello ideal por tanto tiempo acariciado, sí es antipatriótico é indigno sembrar desconfianzas nacidas de rencores.

La negociación para hacer el ferrocarril del Norte, comprar el Central y mejorar la situación económica, no merece el nombre de criminal como la apellida Dn. Martín el Inocente; por lo contrario, con la apertura de la nueva via férrea se iniciará una éra próspera y feliz de que apenas hay idea en la actualidad; y la obra se hará, pues el país no teme ni puede temer que se repita la célebre *cena* del 3 de abril de 85, en la que mientras la República estaba atribulada, Dn. Martín el Pulquérrimo hizo lo que todo Guatemala le echa en cara desde entonces. Criminal no es ciertamente labrar el porvenir de un pueblo. Criminal es matar á palos á los indefensos, odiar á los buenos, perseguir al mérito, conculcar la honra, en una palabra, hacer lo que hacía Dn. Martín el Benéfico en otra época; y criminal es volverse contra su patria y procurarle enemigos por ambición indecorosa hasta alcanzar de una sociedad indignada el título de traidor.

Si fuera más entendido que farsante en materias económicas, no afirmaría tan magistralmente que el ferrocarril al Atlántico significa la venta de la patria

al extranjero. Pero es un hombre que, en cuanto á finanzas, sólo sabe manipular las que se hallan al alcance de las puntas de sus dedos. Eso sí, es muy capaz de vender á su patria, como puede venderse él mismo y lo ha intentado hace poco sin que hubiera quien lo comprara; y ni siquiera lo haría por darle un gran ferrocarril, sino por quitarle los últimos centavos, por los cuales está hoy rabiando Dn. Martín el Desprendido.

La carta que inserta del General Barillas, nada prueba en favor de Dn. Martín, sino cuando más que no respeta ni la correspondencia privada. En ella el Jefe del Estado le dice que no se le molestará mientras sale del país, que su familia é intereses no sufrirán perjuicio, que le recomienda al Comandante de San José para su embarco y le enviará cuatro ayudantes que solicitaba para que le acompañaran al puerto. En nada faltó el General Barillas, y Dn. Martín el Intachable debía comprender que la protección del Presidente de la República no podía continuar dispensándosele desde que se descubrió el desfalco de los fondos del ferrocarril al Norte, de cuyo hecho se acusó y se acusa como autor á Dn. Martín el Inmaculado.

En cambio, la caballerosidad que se supone Dn. Martín el Puntilloso, habría de quedar en mal predicamento si se publicaran algunas de las cartas que desde México ha dirigido al General Barillas. Agradezca su omisión á la hidalguía del digno gobernante guatemalteco, que seguramente se opondría á que esas cartas se dieran á la estampa. Y es que á diferencia de Dn. Martín, el General Barillas, en el alto puesto que ocupa, no usa de su correspondencia particular ni contra sus enemigos jurados, para establecer un derecho de calumnia. Así quedan inéditas cier-

tas promesas y propuestas que probarían la ninguna gratitud de su autor para el asilo que en México obtuviera, cosa que aquí á nadie le extrañará.

Así como ha debido abstenerse de dar vindicaciones que ninguno le pedía y que, por lo mismo, confirman acusación manifiesta, don Martín habría mostrado un puntito de delicadeza no tocando sus asuntos que hacen recordar una ingrata vida pública, renovando con sus dichos en el presente, todo un pasado que sus compatriotas excecran.

Más le valdría echar á un lado tan injustas iras, que injuriar á la que tiene la desgracia de ser su patria, y al General Barillas que si algo ha hecho respecto de don Martín es favorecerlo más de una vez, como, por ejemplo, cuando le dió una fuerte suma de dinero al emprender don Martín su retirada para México.

Convénzase ese infortunado soñador. El tiempo en que pudo ser lo que fué, ha pasado para no volver. Hoy no queda para él más que lo que merece: profunda antipatía de cuantos le conocen de vistas ó de nombre, en el presente; y en el porvenir, el anatema de la posteridad, si es que la posteridad se va á ocupar de un hombre vulgar que nada ha hecho que no sea negro, bajo y miserable.

Calme, pues, su ambición desenfrenada, y no se desviva por un imposible. Sus publicaciones le hacen risible, como sus anteriores hechos le captaron el desprecio de todos. Un paso más, puede costarle más caro todavía. No hay que jugar con un pueblo á quien se ha torturado abusando del poder y luego se insulta abusando de la distancia. Confórmese con su triste suerte. Había llegado al apogeo del odio: hoy se pone en ridículo; con algo más insensato, aumentará su triste desventura, y ni aun así obtendría

simpatías. Hay hombres que deben darse por satisfechos con la oscuridad y el olvido, y él es uno de ellos. Déjese, pues, de ocuparse de sí mismo por la imprenta, y mucho menos vuelva á decir que somete *su causa* (sic) á los hombres honrados de Centro-América. La suya es una causa perdida, y ninguna persona decente podría juzgarle con menos severidad que antes. Guarde silencio siquiera por el apellido que lleva: su padre fue un patriota abnegado, muy ageno á intrigas de baja política, amante de sus conciudadanos y que jamás ensució su frente con la perfidia y la traición. Pero si quiere seguir el camino que ha tomado, hágalo como guste, en la seguridad de que en vez de hacerse interesante, como pretende, sólo encontrará odio, ridículo, desprecio y maldiciones.

Guatemala, abril de 1890.